

BOSQUEJO DE
INDALECIO MARÍA
y otros apuntes

Jorge Rodríguez Hidalgo

STONBERG
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2020

© Jorge Rodríguez Hidalgo

© del prólogo: Jorge Gamero

© de las características de esta edición: Stonberg Editorial
Gran Vía de les Corts Catalanes 636 – 08007 Barcelona (Catalunya)

Tel. 933 175 412

stonberg@stonbergeditorial.com

www.stonbergeditorial.com

© Imagen de la cubierta: Pepi Orihuela, La Pepeta Petita

© Fotografía del autor: Pepi Orihuela, La Pepeta Petita

Cubierta: Stonberg Editorial

Producción: Stonberg Editorial

ISBN: 978-84-122-151-0-6

DEPÓSITO LEGAL: B 19.348-2020

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de ningún modo ni por cualquier medio,
ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia
sin el permiso previo de la marca editorial.

*Se puede decir que la aceptación de los demás
es lo que salva de la locura al artista o al imaginador de fábulas. [...] En los orígenes de lo que les impulsa a dar forma a sus figuraciones,
la imaginación de los artistas
no se distingue de la alucinación de los locos;
la diferencia está en que los primeros consiguen
domesticar la naturaleza salvaje de sus ensueños.*

De “Tertulia”, en “Cuentos del Barrio del Refugio”
José M.^a Merino

“LADRABLAR”: UN NUEVO ESPLÍN

Cuando la conciencia estalla
en los confines de la nada
su explosión es un brillo fuera
del mundo.
(...)

Un madero de luz flota en el agua.
El nadador se aferra a la vida.
(...)

Con cada brazada el nadador avanza.
Cree avanzar. Escritura del esfuerzo.
Todo cuanto deja es efímera turbulencia
en el océano.

Antonio Tello, de “Nadadores de altura”

Jorge Rodríguez Hidalgo es un hombre del siglo XIX entre nosotros. Y si la escritura, a menos que un autor lo evite expresamente, es un reflejo bastante aproximado de lo que somos, tenemos ya, servido en bandeja literaria el silogismo: que *Bosquejo de Indalecio María y otros apuntes* sería un texto decimonónico, dicho esto como un elogio, por supuesto, aclaración que no sería necesaria si no fuera porque el adjetivo, en estos tiempos de la prisa y de la modernidad mal entendida; ha adquirido cierta connotación peyorativa. Es decimonónico solo desde el punto

de vista formal puesto que este libro contiene la mirada del autor sobre el mundo que nos ha tocado vivir, a caballo entre el siglo XX y ya en pleno siglo XXI, aunque en algunos aspectos, personajes y hechos no lo parezca, porque la virtud evolutiva del tiempo no les ha favorecido en nada. El resultado es una de esas legítimas fantasías del oficio, la de escribir de la manera en que lo hacían aquellos grandes autores. No en vano Jorge Rodríguez, trae a colación una serie de citas de autores de esa calaña: Javier Marías, Juan Goytisolo, M.J. de Larra, Tolstói o H.D. Thoreau...

Bosquejo de Indalecio María y otros apuntes es un testimonio de nuestro tiempo escrito con rayos equis y escribir este prólogo, una suerte de placer y desafío que trasciende a cualquier circunstancia ajena a ello, incluso a la amistad que me une a su autor, o al buen editor, Jordi Castelló, quien una tarde en un chaflán de nuestra muy amada Barcelona me preguntó refiriéndose a Jorge Rodríguez: *d'on has tret a aquest home?* Evidentemente, le contesté que yo no lo había sacado de ninguna parte, que él siempre había estado ahí, en el tinglado de los libros, luchando contra envidiosos y cobardes portazos en el camino. Que cuando éramos aún dos imberbes, aunque ya enfermos de literatura, yo ya admiraba a Jorge Rodríguez.

La palabra bosquejo, con matices entre los diccionarios de la RAE y el María Moliner, es descrita como traza primera y no definitiva de cualquier creación intelectual o artística, como una idea vaga o preliminar de algo, un boceto o esbozo hechos solo de elementos esenciales y sin precisión, una preparación para la obra definitiva. Puede parecer baladí la aclaración, pero la hago porque cabría añadir que toda obra, en la pluma de un autor exigente, y Jorge Rodríguez lo es; no deja de ser siempre un

bosquejo. Pero este bosquejo no lo es tanto, porque la depuración del estilo en la descripción de lo observado es el resultado de años de trabajo, los de una pluma de corte periodístico no exenta de intencionalidad y valor literarios. De una manera de hacer, ya agonizante, cuando el periodismo practicado por este Licenciado en Ciencias de la Comunicación en los años 80, aún no estaba condenado al vago recuerdo del buen oficio, o contaminado por los muros y los pajaritos de hoy día. Cuando el periodismo y la literatura aún no estaban reñidos y teníamos modelos de la talla de un Gabo o de un Monterroso entre otros.

Tampoco Indalecio María es un personaje principal ni transversal del libro, ni siquiera los “otros apuntes”, deberíamos pensar que son añadidos menores por mucho que cierren la frase coordinada del título sino todo lo contrario; la otredad es un *leitmotiv* e Indalecio María, una excusa más. Y, por cierto, es Indalecio María un nombre en extinción también, más propio de otro siglo que de ahora.

El autor, en esa manera de decir, que es lo que cuenta al final, propone una sintaxis y un registro clásicos que nos concilia con el buen uso del lenguaje. Y lo adereza con un delicioso festival léxico rescatando palabras de su triste e inapelable desuso. Palabras como fundo, homúnculo o mastuerzo (que definen a muchos de sus personajes), como carcunda, munificencia, o salacidad, como esplín (tan del simbolismo francés y del tono narrativo de Jorge Rodríguez), o albricias (tan cervantina), o arrebol (tan lírica), como remejer o soledoso (tan significativas), como semoviente, aherrojado, o consuno y tantas otras, que componen una especie de campo semántico característico del estilo y el dardo del autor. Y en el relato *Gorjeo humano* añade además una licencia como “ladrabla” (del verbo “labrablar”,

dícese, diría yo, de quien ladra cuando habla, creyendo que cuando ladra, está hablando) brillante y muy oportuno hallazgo léxico para ilustrar la condición verbal de muchos personajes.

Jorge Rodríguez es un incisivo a la vez que perplejo observador de la vida y de los seres que lo rodean y con los que él convive, no le desearía yo a nadie ser su gongorino rival, es un *voyeur* de todo ello y de sí mismo a veces, puesto que ni él mismo se libra de su ácido. Es reflexivo y filosófico para denunciar, y lírico cuando elogia, cuando añora, cuando certifica derrotas o resignaciones. No pretende ser entendido por el mundo, pero es un autor al que sin embargo se le entiende todo, que te obliga a atender a lo señalado y a posicionarte y por lo tanto, es un autor, necesario, intelectualmente nutritivo.

Bosquejo de Indalecio María y otros apuntes es un libro de relatos deliberadamente ontológico.

Está dividido en cinco partes tituladas *Marco*, que contiene 29 textos, *Atmósfera*, con 13, *Detalle*, con 16, *Perspectiva*, con 23 en el que encontramos algunas piezas dedicadas al aludido en el título; y finalmente; *Trampantojo*, con 15 textos más. En total, 96 relatos-textos-crónicas, calambrazos, puñetazos en la sien de diferentes extensiones, desde apenas 10 líneas los más breves hasta de 5 o 6 páginas los más largos, pero todos, de igualadora calidad. Innecesario e inconveniente sería en este o en cualquier prólogo citarlos todos, pero sí pergeñar las pistas e insinuar las sendas que propone cada parte, apoyándome en algunos ejemplos. Insinuar mi lectura, darles a ustedes la mano para acompañarlos hasta el abismo. Proponer intuiciones de lector, un bosquejo, este mío, del lienzo descrito en sus fases de elaboración, desde el marco hasta el trampantojo final, pasando por su

atmósfera, sus detalles y sus perspectivas; la obra a la postre que compone la mirada del autor.

MARCO, como cada una de las partes del libro, se abre con una cita, en este caso de un artículo de Javier Marías, un autor muy del gusto de Jorge Rodríguez. La cita señala la necesidad pese a todo, de plantarle cara a la pertinaz estupidez humana que luego ilustra el autor con una galería de personajes y lugares concentrados en un mercado municipal, hervidero de abastos humanos.

Se abre con un primer texto, *Amputaciones*, contundente en su confesión y como tarjeta de presentación en el que plantea una lúcida desolación emocional frente al mundo. Y poco a poco nos va presentando el lugar, el espacio en el que habitamos, la moldura lisa y triste que recoge a personajes “quiero y no puedo” cuyos límites los marca el precio del coche que cambian a menudo, el despacho habilitado en casa para no despachar más que vanidad, a incultos viajeros que solo buscan el selfi notarial, a la burocracia alienante que da la razón a Hobbes, a asistentes fedatarios a presentaciones de libros pero que salen sin el libro entre las manos como sí lo hacemos los *nadies*... Aparecen el placer, la monotonía conyugal con su pacto tácito de no agresión y algunos fantasmas, la onerosa compasión frente a la muerte con su virtud igualadora ante la mentira o la hipocresía, o la incomunicación de un mundo híper conectado en *Desparejados: Los hombres y las máquinas se bastardean con seductora enemistad*.

MARCO también incluye dos significativos homenajes, uno a Borges en *Las olas incesantes*, al Borges niño solitario, triste y vilipendiado y otro a Antonio Tello en *El transterrado*, un panegírico biográfico y testimonial de la figura del autor argen-

tino, *Un polímata*, dice el autor. Se abre con una cita de Juan Goytisolo sobre el olvido... el de los motivos de un doble exilio quizás, los exilios de un hombre, A. Tello, que tuvo que reinventarse para volver a ser, *El hombre escribía para salvar su vida...* dice Jorge.

Y no faltarán ahora, ni en lo sucesivo, calambrazos de lirismo propios del poeta que sobre todo es Jorge Rodríguez, como en ***Por el pez...***: *El mar, sometido al interrogatorio del sol, erizaba olas como palabras de un negro discurso.*

Las citas que dan pie al segundo bloque, ***ATMÓSFERA*** son de Ignacio Aldecoa y de M. J. de Larra, en las que se anticipan las ideas del poder de los extremos humanos, y el patriotismo arrojadizo y de pacotilla... Las 13 piezas que lo componen atienden a caldos de cultivo fundamentales, a grandes conceptos que merodean alrededor de las personas. En ***El sueño de chichinabo***, ironiza sobre el chisgarabís cuyos sueños, siquiera sabe que no son los suyos, sino los de *las altas oficinas del invisible estado seráfico-consumista*, haciéndolas a ellas cada vez más ricas, y al chiquilicuatre, cada vez más pobre. ***Un soñador para un perro*** recuerda el endémico carpetovetonismo español. En ***Ranciedad: Sepharad o la unidad*** repasa el casoso repertorio fáunico de la clase política que nos toca mantener, con sus colas de pavo real frente a las urnas, las constitucionales que no constituyentes, y una vez más, con sus nacionalismos umbilicales, excluyentes. Y también en esta segunda parte, nos encontramos con un deliberado homenaje, en esta ocasión que es mezcla de denuncia y de llanto por la Andalucía aherrojada al folclorismo. El relato híper breve ***La madrugada***, es todo él un poema, baste citar como termina para certificarlo: (...) *Llegad, traidores y negadores; venid al calvario;*

callad en esotra parte, donde el azul mahón y las trinchas acompañan las pistolas bajo la gomina. No os detengáis, cenadores y burladores, falsos amigos; avanzad en procesión, negread hasta la luz encubridora de cobardías. Y luego soñad con el nuevo día. Canta, mi Lole: “Al amanecer,/ al amanecer,/ con un beso blanco/ yo te desperté”.

Al abrir la tercera parte, **DETALLE**, el autor reincide citando a Juan Goytisolo, esta vez del magistral libro “Paisajes después de la batalla” cuya lectura compartimos apenas hace unos tres años. En aquel momento yo, que aún no había leído este *Bosquejo...* observé y ahora me ratifico, que Jorge Rodríguez “goytisolea” de manera natural, que comparte rasgos de estilo con el genio. En esta cita se refiere a esa condición buscada de vivir al margen —¿desde un observatorio intelectual?—: Goytisolo desde el barrio del Sentier, Rodríguez desde el suyo en Sant Pere de Ribes, tan distintos en las formas, tan parecidos quizás en los contenidos.

Si en **MARCO** se ponía la mirada en el mercado de humanas mercancías, en **DETALLE**, la mirada se dirige al microcosmos formado por los vecinos de la comunidad, a la calle en la que vive y al barrio, formando dicha gradación un universo de aplastante, a veces de asfixiante cotidianeidad.

El incivismo y la mala educación salpimientan el costumbrismo de las gentes al otro lado de los tabiques, en las escaleras y portales, de balcón en balcón asomados a las aceras de las calles. Se pueblan de ruidos y silencios los personajes, como en **La certeza del hombre**, donde una madre, desvelada por el molesto tecleo de una “lettera 32” en el piso de arriba, espeta al vecino, como si la poeta fuera ella: *el ruido lo hacen los escritores con la carne magra de las palabras, no con los huesos de las máquinas de escribir.*

Constatamos que, pese a disponer de mayor capacidad tecnológica para comunicarnos, hemos dejado, sin embargo, de hablarnos, de reconocernos. No se lava las manos el propio autor cuando en un lance aparentemente testimonial dice: (...) *finjiendo consultar el móvil con que existo*. O como cuando en **La confesión**, un personaje vecinal se duele de no saber nada de su mujer desde que le han robado el teléfono. El narrador, sorprendido, le reconviene que cómo va a ser, si viven juntos en la misma casa, a lo que el primero le argumenta: “*Sí, pero llevamos tanto tiempo pegados a la pantalla del móvil que nos hemos olvidado de nuestras caras y, lo que es peor, hemos perdido la costumbre de necesitarlos*”.

Un fragmento de “El casamiento engañoso y coloquio de los perros”, una de las “Novelas ejemplares” de don Miguel de Cervantes abre el cuarto bloque de relatos **PERSPECTIVA**. En él se ironiza sobre la facultad oral de los perros, a quien dice haberlos oído y no soñado hablar. Y Jorge Rodríguez se agarra a esta metáfora hasta el punto de ilustrarla, como se decía más arriba, y aunque en un relato del anterior bloque con esa licencia de “ladrablar”.

Es este el capítulo más perruno del libro, con un cánido universo en el que se teje un entramado de personalizaciones animales y de relaciones, de hombres perros y de perros humanos, alguno incluso lector, que definen la ironía de la sociedad real. Cuando en más de una ocasión, como en **La política y la creencia del perro de mi vecino** escribe: *Hace unas semanas, el perro de mi vecino tomó la humana decisión de bordar discursos políticos en vez de ladrar (...) no sabes si con el perro de mi vecino se refiere a un animal o al otro, bien adjetivado...* En **Ladridos polisémicos**

sigue con el juego de la ambigüedad cuando de repente, ahora para poner a cada uno en su sitio, dice: *El perro de mi vecino nos ha sacado de quicio a todos en la calle. Pero, ojo, me refiero ahora al bípedo.*

Y de repente, irrumpe Indalecio María con al menos los últimos 15 relatos de los 23 de que consta **PERSPECTIVA**. Y Jorge Rodríguez demuestra una vez más su ironía, convirtiendo al *chow chow*, como ya insinuó el título del libro, en un trasunto de sí mismo por momentos. Cuando menos, el narrador se identifica con Indalecio María, un perro que deja de ladrar, que ya no se siente parte de ese mundo perruno, que se siente distinto entre sus iguales. Narrador y personaje, animales ladrones, se confunden en diferentes situaciones humanas y caninas hasta ser metáfora el uno del otro, reflejo y espejo de cuanto les acontece en el perro mundo. En **Indalecio María es mi yo, pero yo no soy Indalecio María** se dice: *Entonces pienso que, en realidad, Indalecio María, tú estás más cerca de mí que yo mismo; eres más yo que quien te habla, que tampoco puede ser tú.*

En **El prodigio de Indalecio María**, el personaje es un perro que decide tomar las riendas y el sentido común de su dueña y lee a Jung primero, el *Zaratustra* de Nietzsche después para convertirse en un superperro, metamorfoseado en hombre amo de su casa.

Indalecio María y su *alter ego* se toparán en dos relatos con un personaje humano y enigmático, El Gran Taruguini, con nombre de mago y cuyas capacidades adiestradoras los sumirán en el desconsuelo de un mar de dudas. En **El gran Taruguini: fantasías sobre Indalecio María**, primera y segunda parte, Jorge Rodríguez somete al personaje de Indalecio María al abismo del silencio y la soledad, al territorio donde habitan las pasiones más inconfesables. “*No hay duda, es Indalecio María*”, dije ya de forma re-

solutiva (...) ¿Quién?, repitió, y esta vez sí atendí a su inquisición. Fluía-mos. Él supo lo que yo sabía. Ambos supimos cuanto debíamos saber para no seguir malgastando palabras. Callamos. El silencio fluía, se abría paso y nos invitaba a flotar en su cauce de río. Para dar en el callar nos abandonamos sin una palabra ni un gesto ni una emoción volandera. Ellos y yo seguimos buscando el lugar más adecuado para lo que fuera.

Se cierra el libro con la quinta y última parte, **TRAMPANTOJO**, una mezcla de surrealismo y humor con ciencia ficción y una sintaxis y narrativa finales que lo convierten en un final de fiesta apoteósico. La introduce esta vez una cita de Pere Calders, autor de célebres trampantojos literarios. En los textos que la componen, el autor hace del artificio un juego delicioso y los temas tratados, aparentemente alejados de los que los preceden, son sin embargo una huida hacia adelante, un apocalipsis, cuando rendidos al poder alienante de la ignorancia y el imperio de lo cibernético, al escritor que habita en el ojo de este huracán imparabable, solo le queda escribirse y dejarse tragar.

En **Orto Emperador** se fantasea, en alusión a la distopía de Bradbury, “Fahrenheit 451” con el suicidio de la informática, llevándose consigo la literatura recientemente escrita en sus pantallas. **La Smart City y el último hombre mono** ilustra a un escritor de madrugada, encarnando la más pura imagen y sensación de la soledad del individuo. **Las verdades del barquero**, primera y segunda parte, son dos ácidas denuncias al más puro estilo quevedesco de los muros celestiales de las redes ¿sociales? que así las llamamos.

Y de esos espacios cibernéticos emerge el **Tentetieso**, el prototipo de inepto y parásito social, una figura que está suplantando a marchas forzadas la figura del hombre en los medios. Y

PRÓLOGO

dice, *Es el ciudadano un homúnculo encinta de mastuerzo*. Lo que irremediablemente me ha recordado a algo que nos decía una vez un profesor en plena transición, con la intención de arengarnos contra la estupidez: “no sois nadie, no sois nada, sois menos que huevas de morralla”

Nosotros, que de morralla hemos evolucionado no sin dificultad a la condición de hombres, nos hemos refugiado en la literatura para sobrevivir. En la escritura también para no sucumbir a la locura y, para compensar el juicio inapelable de la parca.

Bosquejo de Indalecio María y otros apuntes es el antídoto de Jorge Rodríguez para seguir ahí, en la brecha humana y convivir con ella, como se dice en el cierre de la cita de José M.^a Merino, que abría esta obra, (...) *para domesticar la naturaleza salvaje de sus ensueños*.

Tomen este libro como una medicina, sin fecha de caducidad.

Pallejà, octubre de 2020

Jorge Gamero

Escritor

MARCO

*Si la realidad es insistente y pelma, además de con frecuencia imbécil,
hay que salirle al paso una y otra vez,
porque los que la manipulan son tan tenaces
—parece que les sobre el tiempo,
o que lo dediquen todo a una sola causa—
que, en cuanto nos cansemos quienes les contestamos
y dejemos de hacerlo,
aquéllos impondrán sus memeces como una apisonadora.*

De “Isabel monta a Fernando”,
artículo de Javier Marías, en “El País”, 13-11-11

AMPUTACIONES

*V*iven muchos hombres carentes de la fundamental capacidad para la convivencia y la aceptación de la diferencia con sus semejantes. O por mejor decir, creen muchos de nuestros semejantes que en absoluto son semejantes de quienes opinan otra cosa que ellos. Alargado ad infinitum su infantilismo y consentido con negligente yerro, arrostran la falta cual muñón, y contra todos y todo arremeten en la creencia de que el precipicio próximo señala por igual el lugar de su levantamiento y el de la caída inevitable de los otros. La suerte no está echada, sino en sus manos y en su fuerza ineluctable. “De otro color, aquel, con otra lengua”, quizá piense cada uno de esos prójimos refractarios. “Con lo bien que se ve todo con mis ojos”, puede que concluyan los reluctantes. La discapacidad que de forma tan flagrante muestran no tiene cura. En la botica de las voluntades no hay un sólo lenitivo que alivie los dolores de la amputación o la atrofia. Y entonces sobreviene la última de las separaciones; a saber, la de la vida propia en la soledad de la igualdad desigualadora. Váyase el hombre a la mierda, y con él sus habilidades y fingimientos; váyase con su farsa a la otra parte de lo vivo sin infestar tampoco a la tranquila muerte. Que no le apocan el escaso mérito de su trasiego ni su brevedad, contenedora sin embargo de luengos escarmientos que a la consunción le llevan. Ámese ante el espejo, deséese lo mejor, métase adentro para que lo admire un siniestro adulator.

Pero el mundo en que se vive no se elige, pues en verdad no depende de lo que en el exterior parece, sino de lo que en nuestro interior se dispone. Por lo tanto, en vano se huye de uno

mismo, como de nada sirve denostar lo que no está en nuestras manos eludir. Así, tras asestarnos, mi querida P. y yo, todos los golpes imaginables, salvo, claro está, el definitivo, que abre de par en par las puertas del Hades, y después de enemistarnos y amistarnos de nuevo con propios y extraños, tirios y troyanos, enderezamos el rumbo del futuro ascendiendo como se debe la montaña dantesca sin más compañía virgiliana que la de la suerte o el azar trucado por la cobardía o el arrepentimiento y alcanzamos la dorada cima, donde nos esperaba el impetuoso Sol de la fraternidad bien entendida y hasta entonces desatendida de forma tan negligente o ciega. Nos lanzamos en pos de la amistad feraz como quien entra en un vergel y con los ojos come. A brazadas aceptábamos los amigos: no le hacíamos ascos a nadie ni encontrábamos ninguna situación inconveniente. Al contrario, éste nos parecía mejor que aquel, la siguiente mejor que la anterior. Ellos y ellas eran francamente afables o congraciables. Eterno era el tiempo que nos separaba del próximo encuentro. Una vez llegado, nos plegábamos a lo que quisieran nuestros amigos: “lo que queráis, como gustéis, según os parezca”. Al despedirnos, mi querida P. y yo protestábamos muellemente por la tapa o la bebida o la película o la conversación. Pero, quia, nos lo pasábamos muy bien con nuestros amigos. Al día siguiente, otros. Establecimos un calendario, que enseguida llenamos con fechas, llamadas e indicaciones de toda laya. Así pasamos dos lustros más. Descuidamos nuestro aspecto y con él la salud. Mi querida P. sufría lo indecible de la armadura: ni un hueso de su esqueleto contribuía a su descanso y hacía tiempo que la conocían en todas las consultas de traumatología de la zona. Yo padecí un infarto. Nada raro vimos en tales percances. Nuestros amigos gozaban de buena salud, que era lo que importaba.

Siempre. Empezamos a entender que el adverbio con hambre de absoluto era una falacia del lenguaje. Todo cambia, nada es lo mismo ni siquiera un instante. Heráclito era más moderno que nosotros, según comprobábamos ahora a diario. Quedaban unos días para nuestra cita con unos de nuestros primeros amigos. Habíamos quedado en comer una parrillada de carne en un asador propiedad de un club de cazadores sito en el parque natural de la provincia. Faltaban unas horas para el esperado momento cuando mi querida P. recibió una llamada telefónica que atendió con la gracia que en ella era habitual. Tras colgar, supe de la muerte inesperada y prematura de B., nuestro cuñado mayor. Cancelamos la parrillada, tachamos de la lista la frustrada reunión y dejamos pasar dos semanas de prudente retiro. Buscamos después en el cuadro el siguiente compromiso. Esta vez era una salida por la capital. Uno de nuestros más recientes amigos, pues los elegíamos de forma alternativa de los extremos que marcaba la antigüedad de la amistad, nos iba a aleccionar en las nuevas técnicas arquitectónicas aplicadas en la conservación y remozamiento de ciertos edificios emblemáticos de la ciudad. Acordamos dejar los coches en casa y viajar en transporte público. El tren estaba a punto de llegar a su destino. De nuevo, el teléfono de mi querida P.: otra muerte nos paraba ante las aguas del río Jordán. Se trataba de mi primo A., tan joven, tan sano a primera vista. Tachadura, retiro y nueva elección. En el particular orden que habíamos establecido, los siguientes amigos con quienes íbamos a practicar la fraternidad eran P. y X., a cuyo casamiento tuvimos la oportunidad de asistir hacía casi un año, antes de que iniciara su recorrido la sombra de la muerte. Tampoco pudimos vernos. La víspera, mi querida madre... Nos paramos de golpe. La gangrena se había extendido de tal manera que, si hemos de hacer caso al poeta,

apenas quedaba muerte que vivir entre los nuestros, o vivos cuya muerte esperar. Nos olvidamos durante más tiempo de lo habitual de las salidas organizadas. Al dolor por las pérdidas se unía un desasosiego intenso por lo que empezábamos a creer que estaba sucediendo: quizá nosotros éramos la causa última de aquellas muertes. Repasamos mentalmente cuantos familiares cercanos nos quedaban, al menos aquellos cuya desaparición nos afectase como las anteriores. El escaso número de parientes queridos nos confirmó en la necesidad de abandonar para siempre, y con mayor congoja, el ejercicio de la fraternidad. Salvar a nuestros allegados exigía de nosotros el sacrificio de la sociabilidad, la reclusión, ahora forzada e indeseada, en la soledad de la pareja.

Dos lustros hace que mi querida P. y yo vivimos sólo en nosotros mismos. La familia goza de salud y los amigos disfrutan de la vida, se reúnen entre ellos y, de vez en cuando, nos envían alguna postal desde lugares distantes o nos telefonan para confesar que están deseando que nos veamos, para lo cual “un día de estos nos llamamos”, acabamos mintiéndonos. El mundo se va a la mierda, incluso hay quien se atreve a aventurar fechas para la efectiva consunción. Al parecer, queda poco. Mi querida P. y yo nos miramos cuando oímos hablar de un nuevo plazo y sin cruzar palabra alguna reconocemos que para nosotros el fin del mundo llegó el día en que lo quisimos recrear. La nuestra fue, no una diversión, sino la creación del auténtico mal. Lo infligido a la naturaleza, cumplidamente ésta se lo empieza a cobrar con la protesta. Lo dejado de vivir, o lo malvivido, sin embargo, sigue agrandando el hueco de la soledad y la desidia, solamente engañadas por la invención del Otro electrónico, que no es sino el yo desleído en el combinado caribeño de moda, que permite ver, aunque no se sepa qué.

EL EJEMPLO DE LONDRES

Una conocida me abordó ayer en medio de la plaza mayor del pueblo, una circunferencia en cuyo centro se levanta un reloj de sol que un escultor ideó, y cobró posteriormente, como escultura ultramoderna. Tras un breve saludo, me informó de su reciente viaje a Londres, cuyas excelencias cantó con pormenor y rendida admiración. Que es una ciudad rica en todo, llena de teatros, de edificios de una arquitectura majestuosa; que la limpieza de las calles no tiene parangón, que solamente vio dos perros; que el metro es cómodo, eficaz y que nadie accede sin pagar, so pena de sanción económica de ejecución inmediata; que en el aeropuerto donde aterrizaron —Heathrow— las medidas de seguridad eran estrictas y que incluso uno de sus acompañantes sufrió una inspección extra porque el negligente no mostró el ordenador que llevaba en la mochila; que, pese a la incomodidad de la espera, la sensación de seguridad era tal que superaba la percepción de ser vigilados de forma permanente, “porque si así no pasan los moros malos...” El hartazgo de Londres me llegó, si no al alma, al tuétano de la paciencia, de modo que, saeta horaria del reloj sobre el que monologaba incansable el minuterero, la conocida habladora, di inmediatamente la hora de mi tocata y fuga a fin de parar aquella sangría de dictámenes anglófilos y exaltaciones bárbaras. Eso sí, en cuanto pude rematar, espeté: “espero que los hijos de la pérfida Albión se comporten en el futuro aquí como allí, porque al parecer las

dificultades para entrar en la Gran Bretaña no se corresponden con las facilidades para salir de ella en tropel a desquitarse de los sinsabores que la rigidez de las formalidades inculca y librarse de los ceñimientos y ataduras de la etiqueta y las etiquetas en la aisladísima Europa”. Mi conocida no entendió la higa ni a mí me importó lo más mínimo, pues pretendía aliviarme más que molestarla. Le dije adiós sin emoción alguna ni tendí al viento el pañuelo de papel que, arrugado, guardaba en el bolsillo del pantalón. Mi viaje a Londres había terminado. Era libre, por fin.

EL PENTATEUCO Y EL PENTOTAL SÓDICO

Es tan fácil creer a pies juntillas una fantasía como rechazar la exposición de un suceso por increíble o insubsistente sin más. M., la mujer en torno a la cual girará este breve relato, adolecía del hábito de la mendacidad. Tal era su servidumbre a la mentira que cuantos la conocían, incluso aquellos que se beneficiaban con sus embustes, decidieron reunirse un día en conciliábulo para dilucidar si lo que dominaba las emociones de la común amiga era una enfermedad. No habiendo en la precipitada asamblea nadie autorizado, ni siquiera iniciado en las ciencias de la psiquiatría o la psicología, que los orientase en el incómodo y ciertamente tenebroso escrutinio, acordaron contactar con algún especialista, pero a espaldas de M. Ésta, de natural idiota, pero risueña irreductible, cabeceaba, como antaño los perrillos en las traseras de los coches, cada vez que su boca se quedaba sin palabras y el silencio amenazaba aburrirla. Era lo único a lo que temía: la aversión al tedio era tal que, para evitarlo, cuando viajaba en avión lograba dormirse nada más sentarse en su asiento y no se despertaba hasta que el aparato iniciaba el acercamiento al aeropuerto de destino. No importaba la duración del trayecto. M. podía cerrar los ojos y sumirse en el más profundo de los sueños durante las veinticuatro horas del día si fuera menester. Por este motivo, y a fin de aprovechar la facilidad para eludir el cansancio de los traslados, hacía unos años que elegía los puntos más distantes del planeta para “vacacionar”,

convencida de que la bondad del cuerpo y de la mente podía muy bien trocarse de un momento a otro, en cuyo caso fijaría su interés en lugares más cercanos. Además, asociaba a los lejanos y exóticos países que visitaba con los esfuerzos ímprobos que las ascensiones a unas inevitables escaleras quilométricas le obligaban a realizar y que podría acometer únicamente con el brío de la juventud. Lo primero que preguntaba en la agencia de viajes que desde hacía años planificaba sus salidas era si en el lugar había unas escaleras con más peldaños que las de la vez anterior, pues debía comprobar, por medio de su capacidad física, si aún podía considerarse joven o había de empezar a preocuparse por el futuro inmediato. “Ay, si es que ponen un santuario en cada montaña, todos esos de por ahí”, se plañía en broma y entre carcajadas histriónicas. “En fin, que me va a tocar otra vez subir y subir. Hasta el cielo voy a llegar”, remachaba elevando aún más la voz para que nadie quedase al margen de sus intenciones y méritos.

M. era muy friolera, lo que achacaba a las pocas carnes que cubrían su armadura, que superaba en poco el metro y cuarenta centímetros. Pese a ello, sugería a sus ya amigos de la agencia que le buscasen lugares también en el hemisferio norte, pero a condición de que estuviera a muchas horas de vuelo. M. sabía que viajar era algo que sucedía en el ínterin que separaba dos aeropuertos. Tiempo que, por supuesto, no suponía nada en su vida, pues no guardaba recuerdo alguno de lo que desde las ventanillas de un avión es posible divisar. “¡Viajar es muy fácil, viajar es muy fácil! ¡El avión no da miedo, porque no hace nada!”, repetía con un punto de soberbia y dando por sentado que el único medio de transporte que validaba el viaje era ése. “Ya verás” —seguía, aunque no hubiera nadie cerca de ella y, por lo

tanto, lanzaba al aire—, “cuando vaya a los fiordos esos, que no veas las ganitas que les tengo, me voy a comprar la ropa que usan para no pasar frío, ¡y ya podrá hacer frío aquí!” M. parecía hablar siempre sola, aunque estuviera acompañada. Como escribiera Antonio Machado, quizá esperaba hablar con Dios un día, pues se declaraba católica convencida, pero de las de verdad, por más que no practicase ni observase los preceptos básicos que desde los púlpitos difundía la Iglesia romana. Tanto insistía en la autenticidad de su devoción, que un día alguien le preguntó por los libros sagrados, concretamente por los cinco primeros de la Biblia, los llamados históricos, esto es, el Pentateuco. “¿Cómo, cómo, el pen... qué?”, se azaraba. “A mí no me hables con esas palabras de Wikipedia, ¡so Wikipedia! Y que conste que yo siempre digo la verdad”, soltaba. “El pentotal sódico, el suero de la verdad”, continuaba, en franca mofadura, su interlocutor, quien después de intercambios surrealistas acababa por tomar la senda de la seriedad e intentaba, en vano, naturalmente, desvelarle el significado de esos juegos de vocablos. “Ah, vaya, el suero de la verdad, sí, sí, yo eso lo veo mucho en la tele...”

Mientras sus amigos encontraban la manera de embaucarla, M. continuaba sus relatos fantásticos acerca del sentido profundo del viajar y de su consecución. Contrariamente a lo que tanta gente creía, lo importante era ser siempre el mismo en cada uno de los sitios que se visitaba. Costumbres, cultura, religión, gastronomía: nada debía afectar al viajero, que había de imponerse a las circunstancias, como turista avezado llegado desde el mundo de los posibles. La mundología se adquiría en los vuelos largos de avión, en el sueño que apocaba las distancias hasta su dilución. M., que temía a los animales que no hubieran pasado por la domesticidad de la casa de sus padres —valga decir una

perrilla caniche que se hizo emperatriz nada más abrirle la puerta la madre y recibirla como un esperado juguete— se ufana de haber ido a una isla caribeña a fotografiarse en un establo con un caballo manso y enjuto como el rocín del ingenioso hidalgo manchego. Y más, se jactaba de no bañarse en ningún mar, pero sí de poner los pies en cuantos visitase a fin de fotografiarse y que quedase constancia de la realidad de sus expediciones por el ancho mundo. “¿Qué se creían, que iba a ir al Caribe y me iba a bañar? ¡Yo sí he estado allí y he hecho lo que he querido, pero de bañarme, nada de nada!”

Los amigos de M., sin embargo, acostumbrados a las bufonadas de la mendaz, estaban más preocupados por sus mentiras de rango superior. Hacía años que trabajaba en una pequeña tienda de alimentación regentada por dos hermanos, un hombre y una mujer, que parecían extraños, dados sus, más que diferentes caracteres, opuestos e irreconciliables principios. El hombre, que era un gritón recalcitrante y se arrogaba el papel de jefe, aunque dependía de la habilidad de su socia y consanguínea compañera, le sacaba dos buenas décadas a M., quien parecía, si no su hija, sí su hermana menor. Como el león rugidor se divorciase a poco de incorporarse M. al establecimiento, enseguida hubo quien quiso emparentarlos, por más que se antojase incluso contra natura. “¡Puuaj, qué asco!”, repetía una juvenil M., que en más de una ocasión se le escapó la especie de que festejaba con dos muchachos a la vez para sopesar quién de ellos le convenía, “¡pero yo no soy una pilingui, eh!”, se defendía entre risas bobaliconas. Mas el tiempo, que todo lo dobla y vence, acabó por unir los extremos de una recta para formar un extraño círculo en el que M. y “mi jefe”, como le gustaba decir incluso cuando no era preciso, jugaban al juego del gato y el ratón de

mil amores, pero de matute. En efecto, el empuje de M. tuvo la virtud de hacer añicos la aparente fortaleza del gritón y alienarlo de tal modo que su voluntad fuera el trasunto de los pensamientos de la saltabardales de la dependienta. Durante años, la pareja dispar mantuvo oculta su cohabitación, que, por otra parte, era de dominio casi público, pues siempre hay ojos dispuestos a ver e incautos e imprevisores expuestos a ser vistos. Los vieron por el sur y por el norte las pocas veces que lograron conciliar algunos días libres, como en la ocasión en que la empresa hubo de permanecer cerrada a causa de unas importantes reformas. Pese a ello, negaban y negaban, cosa que en M. era casi ordinaria, pero que en el caso del leoncillo rugidor conllevó severos contratiempos e indisposiciones con su socia y hermana, especialmente cuando ésta advirtió la evidente metamorfosis que estaba experimentando M., quien ya hablaba a las claras de “mi tienda”. Subida, entonces, a las barbas de la dirección empresarial, a punto de provocar el cisma fraterno, M. intensificó la frecuencia de sus embustes y, sobre todo, el contenido de los mismos, lo que puso en sobre aviso a quienes de verdad la tenían en buena estima, a pesar de todo. De resultas de sus mentiras, quien se aprovechaba de los compromisos que adquiría casi sin querer con motivo de las fiestas más señaladas del calendario o cada vez que se acercaba el cumpleaños de alguna amiga o de sus allegados, quien la convencía para que la acompañara a tal concierto o a cual espectáculo, lo que le obligaba a mantener la tarjeta de crédito en constante movimiento. No podía perderse las fiestas de los demás, que hacía suyas de todo corazón y bolsillo. Así, M. se convirtió en la animación bufonesca para muchos, pero también en el triste ejemplo para unos pocos. Sea como fuere, unos y otros decidieron poner fin a lo que a todas luces

STONBERG
EDITORIAL
